



Entrevista con la Dra. Sima Samar*

Presidenta de la Comisión Independiente de
Derechos Humanos de Afganistán

La Dra. Sima Samar nació en Jaghoori, Ghazni, Afganistán, el 3 de febrero de 1957. En febrero de 1982 se graduó en medicina por la Universidad de Kabul, una de las pocas mujeres hazara en hacerlo. Ejerció la medicina en un hospital público en Kabul, pero pocos meses después, por razones de seguridad, se vio obligada a huir a su Jaghoori natal, donde proporcionó asistencia médica a pacientes residentes en las zonas remotas del centro de Afganistán.

Un año después de la revolución comunista de 1978, su esposo fue arrestado y la Dra. Samar no volvió a tener noticias de él. Unos años más tarde, ella y su joven hijo se refugiaron en Pakistán, donde trabajó como médica en el pabellón para refugiados del hospital de la misión de la ONU en Quetta. En 1989, preocupada por la total ausencia de centros de salud para las refugiadas afganas, estableció la Organización Shuhada y la Clínica Shuhada, en Quetta. La Organización Shuhada se dedicaba a la atención médica de mujeres y niñas afganas, a la formación de personal médico y a la educación. En los años siguientes, se abrieron nuevas secciones de la clínica/hospital en la zona central de Afganistán.

Tras residir en Quetta como refugiada durante más de diez años, en diciembre de 2001 la Dra. Samar regresó a Afganistán para asumir un cargo en el gabinete de la Administración Provisional de Afganistán, presidida por Hamid Karzai. Prestó servicios al gobierno de transición como vicepresidenta y como primera ministra de Asuntos de la Mujer. Se vio forzada a renunciar tras recibir amenazas de muerte y ser hostigada por cuestionar las leyes islámicas conservadoras, especialmente la sharia, durante una entrevista que concedió en Canadá a un periódico de lengua persa. Durante la Loya Jirga de 2002, varios religiosos conservadores publicaron un anuncio en

* Esta entrevista fue realizada en Kabul, Afganistán, el 7 de febrero de 2011, por Markus Cott y Robert Whelan, que se desempeñan respectivamente como jefe adjunto y delegado de comunicación de la delegación del Comité Internacional de la Cruz Roja en Kabul.

un periódico local, en el que describieron a la Dra. Samar como la Salman Rushdie de Afganistán.

En la actualidad, la Dra. Samar preside la Comisión Independiente de Derechos Humanos de Afganistán (AIHRC, por sus siglas en inglés)¹. En 2009, fue nominada para el Premio Nobel de la Paz.

En su opinión, ¿cuáles son las causas profundas de las décadas de conflicto en Afganistán?

Pienso que los conflictos en el país, como así también, más tarde, el comportamiento de las personas en el poder, han tenido una sola causa profunda: la falta de educación.

¿Cuáles son sus primeras memorias del conflicto en Afganistán?

Creo que se remontan al primer día del golpe de estado que tuvo lugar en Afganistán en 1978. Yo era estudiante universitaria. Por primera vez en mi vida, oí el sonido de un avión de combate MiG que sobrevolaba el palacio. Nunca antes habíamos visto un tanque. Recuerdo que esa noche no pude dormir a causa del ruido del tanque, los disparos y el MiG. Ya estaba casada, y mantuve despierto a mi marido porque había tanto ruido que era imposible dormir. Yo tenía 22 años.

Recuerdo que la semana después del golpe, nuestros compañeros de la universidad que pertenecían al Partido Demócrata Popular de Afganistán (PDPA) inmediatamente cambiaron su vestimenta y su comportamiento. Todos tenían pistolas y las traían a clase. Allí vimos quién era quién. Conocíamos a algunos; pertenecían a Jalq y Parcham².

Cuando se produjo el golpe en 1978, los Jalq empezaron a arrestar a cualquiera, sobre todo a las personas que poseían tierras. Lo hacían sin hacer constar la detención en modo alguno, sin formular acusaciones, sin juicio justo. La razón principal del comportamiento del PDPA era la falta de educación. Empezaron a actuar con gran dureza, como dictadores, sin rendir cuentas de sus actos. Esto hizo que la mayoría de la población se les opusiera. Por ejemplo, esta conducta provocó un alzamiento popular en mi distrito de Jaghoori, en la provincia de Ghazni. Cuando los Jalq empezaron a detener a sus familiares, la gente empezó a contraatacar y los mató a todos con piedras y unos viejos fusiles ingleses.

1 Información obtenida en “Sima Samar”, Wikipedia, disponible en http://es.wikipedia.org/wiki/Sima_Samar.

2 Jalq y Parcham eran facciones del PDPA. Jalq significa “masas” y Parcham “estandarte” o “bandera”. Los presidentes Nur Mujammad Taraki y Hafizullah Amin eran dirigentes de Jalq. El partido se formó en 1965 y contaba con el apoyo de la URSS. El líder de Parcham era Babrak Kamal, quien, en 1979, fue el tercer presidente de Afganistán. Fue reemplazado por Najibullah en 1986.

¿Cómo afectó este primer conflicto a las mujeres y qué papel desempeñaron en él?

Las afectó mucho porque, en una situación de conflicto, los movimientos de las mujeres se restringen aún más de la cuenta.

En un país como Afganistán, los conflictos son cosa de hombres. Las mujeres quedan atrás, lavando y cocinando. Pero, al principio, participaron algunas mujeres educadas de las ciudades. Por ejemplo, nosotras participamos en actividades de propaganda, distribuyendo nuestras “cartas nocturnas” y escribiendo “Muerte a Rusia”³, y “Muerte a los Jalq” en las paredes de Kabul.

Por la noche, había toque de queda. Cuando distribuíamos las “cartas nocturnas” lo hacíamos durante el toque de queda. Los jeeps soviéticos patrullaban la ciudad, y no se sabía bien quién era quién. Estaban vigilando y nosotras tratábamos de escondernos. El toque de queda duraba hasta las seis de la mañana y entonces nosotras simulábamos ir al hammam (baño público). Pero, teníamos con nosotras los rociadores de pintura o las “cartas nocturnas” y las distribuíamos en el hammam.

Vivíamos en una casa de dos pisos, y arrojábamos las cartas desde la ventana. Nuestra vecina era maestra; solía subir a nuestra casa y nos decía “¡Hola, leí esta carta!” Todos estaban contentos, alentaban a la gente a resistir y explicaban por qué el PDPA y los soviéticos eran malos y violaban todas las normas.

En esa época, no usábamos chales; casi nadie los usaba en la universidad. Empezamos a usarlos para evitar que nos identificaran. Cuando íbamos a las manifestaciones, llevábamos chales de diferentes colores, porque el Servicio de Inteligencia nos buscaba. En los bolsos teníamos cuatro chales; cuando llegábamos a la ciudad, llevábamos puesto un color y después cambiábamos ese chal por uno de otro color, pensando que no podrían identificarnos. Pero los soviéticos eran realmente brutales y golpearon a muchas de nosotras. Incluso durante el gobierno de los Jalq, los soviéticos venían con bastones de goma, nos pegaban y nos lanzaban agua.

Un día, durante Se Hoot⁴, salimos todas y vinieron los soviéticos con sus soldados. Nos dirigía la elite, las mujeres instruidas. Todas las otras universidades y escuelas, las escuelas de niños y de varones, se unieron a la manifestación. Las estrechas calles estaban llenas de estudiantes y docentes. Gritábamos, entonábamos eslóganes; hacíamos todo lo que hay que hacer para manifestarse.

En ese momento, no se podían hacer suficientes fotocopias y muy pocos tenían máquina de escribir. Entonces, durante Se Hoot, escribíamos los panfletos y octavillas, que denominábamos “cartas nocturnas”, a mano. Usábamos hasta diez hojas de papel carbónico y escribíamos con lapiceras chinas. Era muy difícil conseguir que fueran legibles hasta la décima copia. Alentábamos a la gente a acompañarnos al grito de “Allah-u-Akhbar” (Alá es grande). Era emocionante cuando la gente en Kabul gritaba “Alá es grande” contra los comunistas. Era maravilloso.

Sin embargo, cuando la seguridad empezó a deteriorarse, las mujeres fueron gradualmente apartadas. Luego, la revolución islámica en Irán lógicamente

3 En diciembre de 1979, las fuerzas militares soviéticas invadieron Afganistán y permanecieron allí durante diez años.

4 El último mes del año afgano.

tuvo efectos muy negativos en nuestra situación. Naturalmente, el Hezb-i-Islami⁵ no contaba con mujeres entre sus miembros; no recuerdo que hubiera mujeres con ellos cuando salíamos a las calles en esa época.

Más adelante, usted tuvo que huir de Afganistán a Pakistán, donde abrió un hospital para mujeres en Quetta. ¿Qué la llevó a hacerlo y cómo lograba mantener el hospital en funcionamiento?

En 1983, me trasladé a Peshawar, donde ingresé en el sindicato de médicos. Pero no teníamos suficientes insumos médicos, y empecé a pedir ayuda a distintas organizaciones. Estaba en estrecho contacto con el CICR, porque solía atender a algunas de sus pacientes en el hospital de Quetta y de vez en cuando le pedía algunos apósitos, yodo o productos equivalentes, vaselina y gasa para quemaduras, y otras cosas. Contábamos con cierto nivel de cooperación. De otro modo, no había nada. Los siete grupos involucrados en la yihad tenían un hospital para los miembros masculinos del partido, pero no para sus familiares.

Había una organización no gubernamental (ONG) llamada Inter-Church Aid, que prestaba apoyo a hospitales, clínicas y programas de ayuda. Era un consorcio de diferentes iglesias: el Church World Service de Estados Unidos, Church Aid de Noruega, e iglesias de todo el mundo. Empecé a colaborar con esta ONG en Quetta, en un hospital cristiano de más de cien años de antigüedad, que databa de la época británica. Este hospital contaba con un servicio para refugiados que también atendía a las mujeres, y allí trabajaba yo.

Una mañana, llegó al hospital una joven afgana que sufría de preeclampsia. Tenía convulsiones, y yo empecé a correr de aquí para allá tratando de encontrar a alguien que pudiese administrarle una inyección de valium para mitigarlas. La farmacia estaba cerrada, nadie había llegado al hospital aún, la sala de partos estaba cerrada y no podía encontrar la llave. Me enojé mucho. Tuve que derivar a la paciente a otro hospital. Más tarde supe que había muerto y me deprimí profundamente. Me dije que teníamos que hacer algo, porque allí no había nada para las mujeres. Teníamos un hospital, pero no un servicio de urgencias”.

Este episodio me llevó a establecer el hospital para mujeres y niños. Pero, era difícil encontrar el dinero para hacerlo. Nadie estaba dispuesto a proporcionar fondos y nadie quería escuchar a una mujer. En 1987, después de ese incidente, obtuve algo de dinero de Inter-Church Aid. Esta organización estaba presidida por un anciano caballero inglés. Acudí a verlo, todavía llorando; ¡era tan joven! Me preguntó: “¿Qué es lo que ha sucedido, hija mía?” Él era realmente viejo, tenía 85 años en ese momento. Le conté que ese día había venido al hospital una paciente afgana, que había muerto porque no teníamos inyecciones, no había inyecciones de valium. Le expliqué que deseaba abrir un hospital y le pregunté si podía proporcionarme los fondos para ello. Me respondió que lamentablemente no podía hacerlo, porque el Hezb-i-Islami le volaría la oficina y tendrían muchos problemas. La policía pakistaní

5 Hezb-i-Islami Afganistán, que significa Partido Islámico de Afganistán, es una organización islamista conocida por su lucha contra el gobierno marxista de Afganistán y su aliado cercano, la Unión Soviética. Liderado por Gulbuddin Hekmatyar, fue creado en la Universidad de Kabul en 1975.

estaba al servicio de Hezb-i-Islami y controlaba a toda esa gente. Le aseguré que no diría a nadie de dónde provenían los fondos y logré convencerlo. Colaboramos durante dos años, y él pudo comprobar que yo trabajaba duramente. Todos los días, era la primera en llegar y la última en irme: ¡era una joven revolucionaria! Dos veces por semana, acudía a los campamentos de refugiados afganos. Por supuesto, teníamos mucho personal pakistaní. El médico y el personal pakistaní decían todo el tiempo que era hora de irse. Y yo les respondía: “No, no hasta que haya terminado de atender al último paciente”. Lógicamente, tenía a todos en contra y había peleas entre nosotros.

De todos modos, el caballero inglés me proporcionó los fondos necesarios y puse en marcha el hospital en 1987. En esos tiempos, no había ninguna educación para las mujeres, ni siquiera en los campamentos. Cada campamento contaba con una clínica, pero casi no había personal femenino.

¿Fue entonces que se dio cuenta de que también era necesario mejorar la educación de las mujeres?

Así es. En ese momento, en Peshawar, las personas instruidas y, en particular las mujeres, estaban oprimidas.

Recuerdo a un mawlawi⁶ que vino al hospital que yo establecí en Pakistán, a finales de 1987. Trajo a muchos pacientes y me dijo: “Algún día, si Kabul llega a ser libre, sabremos qué hacer con ustedes, las personas instruidas”. Le pregunté por qué, y me respondió: “Porque las personas como ustedes comprenden lo que sucedería si cayese una bomba en este lugar, saben qué superficie sería afectada; pero los analfabetos no entienden nada de todo eso ni se preocupan por las bombas; es por eso que son capaces de pelear”.

Una vez más, la cuestión giraba en torno de la educación y la alfabetización. Naturalmente, comprendimos lo que decía el mawlawi. Cuando le dije que hacíamos nuestro trabajo y asumíamos nuestra responsabilidad, contestó: “No me refiero a ustedes, porque ustedes están salvando nuestra moral y nuestro honor. Tienen un hospital para mujeres y niños; pero los otros huyeron, se fueron a América”. En ese sentido, tenía razón: en Peshawar trabajaban muy pocas mujeres; algunas habían sido asesinadas por Hezb-i-Islami y las otras habían escapado. Yo era la única mujer en condiciones de hacer algo.

Había una escuela para niñas dirigida por iraníes. Todo en ella, en particular el plan de estudios, era iraní y hasta proporcionaban los uniformes y autobuses para las alumnas. Pero, el hecho de ver a nuestros propios hijos, a niños afganos, educados por iraníes a la manera de Irán y rezando por Jomeini, no era fácil de aceptar para una persona laica como yo.

En 1989, Oxfam aceptó prestarnos apoyo y nos proporcionó 24.000 rupias pakistaníes (que, en ese momento, equivalían a unos US\$ 1.000). Con ese dinero, abrí una escuela para niñas. El dinero no alcanzó para comprar muebles ni sillas para las alumnas; en el aula, sólo había una alfombra de plástico. Pensé que era

6 “Mawlawi” es un título islámico religioso honorífico otorgado a los estudiosos de la religión entre los musulmanes sunitas.

difícil competir con los iraníes; todo lo daban en forma gratuita y además proporcionaban dinero para gastos extraordinarios y raciones alimentarias. Si yo no podía ofrecer más que un piso de cemento, ¿quién vendría a mi escuela? Entonces pedí ayuda al Comité Noruego para Afganistán, que me dio algo de dinero para comprar muebles. Así fue cómo pusimos en marcha esa escuela.

Para ese entonces, los soviéticos se habían ido de Afganistán; entonces se presentaron los donantes de Ginebra, lanzaron la Operación Salam de la ONU en ayuda de Afganistán y abrieron oficinas. Así, por primera vez, llegó a Pakistán el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y abrió una oficina en Quetta; la UNESCO también abrió una oficina en Quetta.

Cuando abrí la escuela para niñas, preparé un programa de alfabetización para mujeres; lo elaboré yo misma e incluí temas relacionados con la educación sanitaria. Pensé que, mientras aprendían a leer y escribir, también debían aprender cómo detener una hemorragia nasal, cómo tratar las picaduras de insectos y cosas así, todo explicado en frases muy sencillas. Otro de los temas tratados en mi libro era la planificación familiar. Pero, cuando me dirigí a la UNESCO para imprimirlo, me dijeron que este tema era demasiado delicado. La respuesta fue: “Realmente no podemos imprimir esto, porque el Hezb-i-Islami nos bombardearía la oficina”.

Éste es un ejemplo más de la total falta de consideración hacia la mujer. Nadie nos hablaba; no había nadie que escuchara a una mujer. Por supuesto, cuando abrí el hospital, los hombres del Hezb-i-Islami empezaron a perseguirme, pero no pudieron atraparme, porque sin duda me hubieran hecho pedazos.

¿La situación cambió tras la salida de los soviéticos?

Cuando tomaron el poder los muyahidines, la situación se tornó extremadamente difícil. Lo primero que hicieron fue prohibir la participación de la mujer de varias maneras. En Pakistán, se repartieron los ministerios entre ellos. En Quetta, la administración contaba con numerosos miembros, pero ninguno era mujer. Los cargos se asignaron sólo a tayikos y pastunes, sin ninguna representación para las minorías. No había ninguna mujer, ¡y eso que ya estábamos en 1992!

Uno de los ministros del partido de Sayyaf asumió su cargo en un ministerio. Creo que era el ministro de Minería, pero no recuerdo su nombre. El primer día, dijo que las mujeres no debían ser vistas cuando llegaba el ministro y que no podían saludarlo. Al día siguiente, llegó con una pila de chales de gran tamaño, y lo primero que hizo fue pedir al personal que los distribuyera a las mujeres y les dijera que se los pusieran; de este modo, se les permitiría saludar a su ministro. Lo primero que hicieron estas personas fue imponer los chales a las mujeres y, poco a poco, fueron aumentando la presión sobre ellas.

En cierto momento, el gobierno anunció que las mujeres que presentaban las noticias en la televisión (la televisión nacional, porque sólo teníamos un canal) no debían ser vistas. Mientras una mujer leía las noticias, en la pantalla se veía una rosa. Más tarde, decidieron que la voz de la mujer no debía ser oída por hombres que no tuvieran parentesco con ella.

Hoy seguimos sufriendo los efectos de todas esas medidas. Lo peor fue que

las mujeres perdieron la posibilidad de recibir educación. Y creo que, sin educación, no podemos tener suficiente confianza en nosotras mismas para defender nuestros valores. Me comparo con mis propias primas, que no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela. Lo que yo hago y lo que hace mi prima, que tiene la misma edad que yo, es totalmente diferente. Ella lleva lo que en el medio afgano rural se considera una vida “normal”, pero yo rechazo ese término. Yo creo ser una persona diferente gracias a la educación que recibí.

¿Cuál fue el papel de la comunidad internacional en el mejoramiento de la condición de las mujeres?

En mi opinión, la comunidad internacional fue, en muchos casos, parte del problema que llevó al aislamiento de las mujeres. Nadie hablaba de las cuestiones que afectaban a las mujeres.

Recuerdo que, cuando la UNESCO empezó a distribuir carpas, muebles y armarios con algunos libros a los refugiados afganos, fui a ver a sus representantes varias veces para decirles que, si donaban dos carpas y materiales para la escuela de varones, debían darnos una para la escuela de niñas, señalando que esto debía ser obligatorio.

Cuando el PNUD abrió su oficina, llamé para conseguir una entrevista. Lo primero que dije a mi interlocutor fue: “Me alegra que el PNUD haya iniciado su programa para Afganistán; ¿tienen ustedes algún programa para las mujeres?” Respondió: “¿Para las mujeres?” “Sí”. Señalé que el PNUD era un organismo dedicado al desarrollo, y le pregunté cómo podía haber desarrollo sin la participación de las mujeres. Me respondió que, lamentablemente, no había ningún programa para las mujeres. Cuando le pregunté por qué, me dijo: “Estuve en Afganistán, en la provincia de Logar, por una semana y no vi ninguna mujer”. Le respondí: “¡Todos esos héroes que lucharon contra los soviéticos hasta echarlos del país no cayeron del cielo, nacieron de mujeres!” Y el hombre repitió: “No vi ninguna mujer”. Yo era tan ingenua, que le contesté: “¡Yo soy una de ellas!”. Asombrado, me preguntó “¿Pero, usted no es francesa?” Le dije que no, que tenía ojos verdes pero que no era francesa. Los afganos pueden tener ojos verdes; al oír mi imperfecta forma de hablar inglés, él tendría que haberse dado cuenta de que no era francesa. El hombre repitió: “Yo creí que usted era francesa”.

Ésta era la actitud generalizada hacia la mujer.

¿Intentó usted cambiar esta percepción dentro de la comunidad internacional?

Hablé sobre el tema con Francesco Vendrell en 1988, en una de las conferencias que se celebraban en Lausana sobre Afganistán. En ese momento, el Sr. Vendrell se desempeñaba como Representante especial de las Naciones Unidas para Afganistán⁷. En Suiza, se celebraba una conferencia del Grupo de Apoyo para

7 Francesco Vendrell se desempeñó como jefe de la Misión Especial de las Naciones Unidas para Afganistán (UNSM) y como representante personal del secretario general de las Naciones Unidas desde enero de 2000 hasta diciembre de 2001. Entre 1993 y 2000, actuó como director de la División de Asia y el Pacífico en el Departamento de Asuntos Políticos de la ONU.

Afganistán. En esos momentos, Estados Unidos quería imponer sanciones al gobierno talibán.

El Sr. Vendrell habló en su carácter de Representante especial de la ONU, y yo también hablé, en mi condición de única mujer en el grupo. Él dijo que no quería que los estadounidenses impusieran sanciones a los talibanes porque ya había hablado con ellos y también con la Alianza del Norte, y que iban a reunirse para debatir acerca de estas cuestiones. Alcé la mano y dije: “Señor Representante especial, allá donde usted obtuvo garantías de la Alianza del Norte y de los talibanes en Pakistán y en Irán, ¿también había mujeres? ¿Cuál es nuestro papel?”

Después de la intervención estadounidense, le dije: “Estoy aquí para decirle que es necesario que incluyan a las mujeres desde el principio, pero no me refiero a mi persona. No se trata de Sima Samar. No he venido para luchar por mí misma”. Y luego insistí: “Por favor, dé un lugar a las mujeres desde el principio, de otro modo no tendremos ninguna oportunidad”. De este modo, le recordé que yo luchaba por la participación de las mujeres.

Una anécdota más: mientras me desempeñaba como ministra de Asuntos de la Mujer y Vicepresidenta de la Administración Provisional de Afganistán, viajé a Washington. Me recibieron y trataron muy cordialmente. Durante una reunión con el secretario de Estado Colin Powell, planteé algunas cuestiones. Le aclaré enseguida que no era diplomática, que ya tenía demasiados problemas propios para serlo. “Primero, soy mujer. Segundo, soy hazara. Tercero, siempre digo lo que pienso, y nadie simpatiza conmigo. Quisiera pedirle algunas cosas. En primer lugar, por favor evite repetir los errores del pasado”. Me preguntó cuáles errores, y le respondí: “Ustedes crearon estos monstruos. Por favor, no vuelvan a apoyarlos. En segundo lugar, sería mejor que todo el dinero que gastan en bombardear Afganistán lo emplearan para fomentar el desarrollo del país”. Cité el ejemplo de los ochenta y cinco misiles disparados durante el gobierno de Clinton contra los campamentos de Bin Laden en Afganistán, preguntándole a cuántas personas habían matado y señalando que con 85 millones de dólares podrían haber hecho mucho por Afganistán.

Seguí diciendo: “En tercer lugar, no olvide que no han hecho suficiente por las mujeres en ese país. Realmente no es posible construir la democracia y pacificar Afganistán sin la participación de las mujeres”.

“Cuarto, ¿quién va a velar por nuestra seguridad? El fracaso de este gobierno, de nuestro gobierno es, a las claras, el fracaso de su gobierno y de la CIA. Y, por favor, junto con sus soldados, envíen mujeres a Afganistán”. Me preguntó por qué debían enviar soldados mujeres, y respondí: “Para que el pueblo afgano vea rostros femeninos y aprenda que ellas también pueden llevar armas y patrullar las calles y las ciudades”. Por último, le insté a no socavar la responsabilización y la justicia.

Cuando le solicité que gastaran en la construcción y el desarrollo de Afganistán el mismo dinero que habían gastado en bombas, me preguntó si sabía cuánto dinero gastaban ellos en Afganistán; le respondí que no, pero que suponía que era mucho.

En respuesta a mi observación de que era de la minoría hazara y que era mujer, Colin Powell respondió: “Yo también represento a una minoría, Sima; pro-

vengo de la comunidad negra y soy el primer Secretario de Estado negro en este país. Por este motivo, comprendo parte de sus preocupaciones e inquietudes”.

Cuando Colin Powell llegó a Afganistán y el Presidente Karzai nos presentó, diciendo “Sima es mi vicepresidenta y ministra de Asuntos de la Mujer”, Powell respondió: “La conozco, ya me hizo pasar un mal rato en Washington”. Karzai me miró y preguntó dónde nos habíamos conocido; respondí: “¡En fin, tuvimos una pelea!”. [Risas]

Colin Powell dijo: “Su ministro de Relaciones Exteriores [se refería a Abdullah] ya ha dicho que no necesitan tropas extranjeras en Afganistán”. Le dije que estaban cometiendo el mismo error, era el mismo grupo. ¿Quién es Abdullah y quién soy yo? Porque no fuimos elegidos por el pueblo, sino que alguien nos seleccionó y nos puso en ese lugar. Yo fui designada porque luchaba, era activa y afirmaba que las mujeres debían formar parte del proceso.

¿Cómo ve usted el futuro, digamos en el mediano plazo?

Creo que el futuro de Afganistán, lo que deseamos lograr para este país, depende de la estrategia del gobierno afgano, es decir, de los dirigentes afganos, y también de nuestros socios en la comunidad internacional. En mi opinión, uno de los errores que todos cometimos fue actuar sin una estrategia y sin referencias claras para nosotros mismos: ¿hacia dónde vamos y qué queremos hacer en Afganistán? Si no ofrecemos una oportunidad a las personas que están real y honestamente comprometidas con la democracia y los principios de los derechos humanos, no podremos construir la democracia con soldados. Podemos duplicar o triplicar el número de tropas. No servirá para nada. El pueblo afgano debe hacer valer su voluntad. La comunidad internacional puede, como socio de Afganistán, facilitar las cosas, prestarnos apoyo y tal vez ayudarnos a preparar el camino.

No creo en un país democrático ni en una sociedad democrática que no cuente con la participación de la mujer. En Afganistán, los nombres de las mujeres se han utilizado para demostrar la existencia de un proceso democrático y no para garantizar su participación efectiva. Por ejemplo, durante las elecciones, un hombre votaba por las mujeres de su familia, utilizando su nombre; pero, en la práctica, la participación de las mujeres era más bien escasa. Tuvieron un alto nivel de participación sólo en unos pocos lugares, como Bamiyán y Hazara, y particularmente en Jaghoori, porque tenemos muchas mujeres instruidas. Pero en Helmand o en Logar, la participación de la mujer era muy reducida. Por ejemplo, en Logar, cuando distribuyeron las cédulas electorales para la elección presidencial, había el doble de cédulas para mujeres que para hombres. Planteé esta cuestión y tuve una disputa con el Presidente. Le dije: “No es justo. Si los hombres de la familia no permiten fotografiar a sus mujeres, al menos deberían permitir que se tomen sus huellas dactilares. Además, las mujeres deberían poder retirar su cédula, para que sepan que les pertenece. Nada de esto sucedió”. La respuesta fue: “¡Usted es tan extremista! ¡Ellos no lo permiten!”. “Bien, si no lo permiten, entonces no provean las cédulas electorales para las mujeres”.

Si se analiza la historia de Occidente durante el siglo XX, se comprueba que las mujeres obtuvieron acceso a la política y al voto político principalmente después de las guerras y debido a sus contribuciones al esfuerzo de la guerra en su calidad de ciudadanas civiles. ¿Por qué no fue así en Afganistán?

Una vez más, la causa es la opresión de la mujer y su falta de libertad. Una vez más, la causa es la falta de educación. En Paktia, dicen que la mujer tiene derecho a salir de su casa dos veces: una vez cuando se casa, y la segunda cuando muere y hay que sepultarla. La cultura europea no es así, porque en Europa —y, por ejemplo, en Irak— hay muchas mujeres instruidas. Es muy difícil convencer a una mujer instruida de que permita a su marido retirar su cédula electoral y votar en su nombre. Pero, para el hombre de la mujer pobre y desinformada es fácil votar en nombre de ella, usar su nombre y votar por Sayyaf o por quien él quiera.

Repito: la clave está en la educación.

Usted destaca la importancia de la educación. ¿Cómo afrontan el futuro los niños, tras treinta años de guerra y constantes conflictos? ¿Qué piensan los jóvenes que les deparará el futuro?

Realmente pienso que nuestra esperanza está en los jóvenes, en los muchachos y las muchachas. Mi principal interés es la educación. Uno de los problemas de este gobierno, de la administración de Karzai, es que no se ocupa seriamente de la educación. El ministro de Educación debería ser una persona realmente comprometida con el cambio y con una educación de calidad superior. Hace dos semanas, envié unas cartas oficiales indicando a los docentes que debían reducir las horas de clase dedicadas a las ciencias y aumentar las horas de clase sobre temas religiosos. Con esto, no quiero decir que haya que abolir la enseñanza religiosa, pero sí opino que este tema corresponde a la responsabilidad familiar.

Que las familias se hagan responsables de los niños y de lo que desean que éstos sepan de su religión. Yo sufrí porque era chiita. En casa, debía aprender la religión chiita por mi padre y mis familiares, y en la escuela tenía que aprender la religión sunita para sacar buenas notas y aprobar el curso. Cuando tenía siete u ocho años, al responder a las preguntas que me formulaban en los exámenes de tercero o cuarto grado, debía concentrarme en el hecho de que no estaba en casa y evitar dar respuestas chiitas. Si estaba en casa, debía esforzarme por no hablar de temas sunitas, porque mi padre y mis familiares se enojaban.

Esto no nos ayuda. Debemos conocer los principios islámicos y practicarlos, pero no por la fuerza. Tenemos que enseñar a nuestros hijos los valores del islam, pero no hacerlos concentrar en las cuestiones islámicas. Debemos mejorar la calidad de la educación. Después de todo, estamos en el siglo XXI.

En su opinión, ¿por qué se le da tanta importancia a la religión?

Solamente por razones de interés político, por interés político, nada más.

¿Cómo explica usted que las organizaciones humanitarias no puedan acceder a ciertas partes del país donde se necesita su ayuda?

Creo que se trata sencillamente de una cuestión de control y de poder. Los que ejercen el poder perciben a las ONG humanitarias y de derechos humanos y a las personas que defienden los derechos humanos como amenazas, porque temen, con justa razón, que su poder se debilite o desaparezca. Es por esto que ejercen tanta presión.

¿Cree usted que alguna vez se establecerá un tribunal que juzgue a las personas que violaron los derechos humanos y cometieron atrocidades en estas décadas de guerra y que imparta justicia para las víctimas?

No lo creo, porque no veo ninguna voluntad política en este sentido de parte del gobierno y las autoridades afganas ni de los socios internacionales de Afganistán. Nosotros hemos insistido una y otra vez que al menos se reconozca el sufrimiento del pueblo afgano.

Mi cuñado, de 14 años, estaba cursando el séptimo grado cuando fue secuestrado en la calle. Nunca más volvió. Dígame: ¿quiénes son los responsables de esto?

Yo misma, como víctima de la guerra, verdaderamente no puedo olvidar. Imagine usted el número de mujeres en este país que afrontan el mismo problema que yo. Yo quedé viuda a los 23 años y tenía un hijo. Yo fui capaz de criarlo y darle una buena educación y una vida más fácil, pero aun así... él no habla de estos temas conmigo, porque no quiere que me entristezca. Por ejemplo, cuando falleció mi padre, mi hermano mayor organizó sus exequias. Mis hermanos, naturalmente, lloraron todos. Pero mi hijo no lloró. Después, me contó que mis hermanos se habían enojado con él porque no había llorado, y me dijo: “Madre, yo no sé lo que es tener un padre”.

Hoy, mi hijo tiene una hija y puedo ver, por su forma de amarla, que él mismo nunca conoció ese sentimiento de amor. Por esa razón, se esfuerza por concentrar todo su amor y su atención en su hija. Al ver el modo en que la abraza y la cuida, uno se da cuenta de lo que ha sufrido. Dígame: ¿quiénes son los responsables de esto?

¿Cuántas mujeres afectadas por el mismo problema que yo pudieron afrontar la situación y salir adelante por sí mismas? Muy pocas. Todas fueron victimizadas una y otra vez. No sé cuántos cuñados tuvieron que desposar para poder sobrevivir con sus hijos huérfanos. Alguien debe asumir la responsabilidad de todo eso.

Sin embargo, pienso que muchas personas no sufrieron. Gracias a los padecimientos de la población en general, ganaron mucho dinero, estatus y poder. Es preciso que se reconozca el sufrimiento de las víctimas. Y los perpetradores deberían ser, al menos, aislados y desplazados de los puestos de poder. Si investigamos la vida de nuestros actuales dirigentes, ¿cuántos de ellos han perdido a sus hijos? ¿Cuántos han perdido a sus padres? Muy pocos. Por esta razón, no se solidarizan con el dolor de la gente ni lo comprenden.

En resumen, es como si los Jalq hubiesen raptado a la novia durante la ceremonia nupcial y nunca la hubieran devuelto. Se llevaron a los médicos, a los intelectuales, a las personas instruidas, y no hubo nadie que los defendiera. Nadie.

En la Comisión Independiente de Derechos Humanos estamos estableciendo la geografía del conflicto y, en especial, localizando las fosas comunes. Y no hay quien se haga cargo de esa responsabilidad. Es muy deprimente.

Al mirar hacia el futuro, ¿es optimista o pesimista?

Soy una persona optimista. Si perdiera el optimismo, realmente tendría que irme del país o dejarme morir. No tenemos opción. Creo que este país y su pueblo no pueden seguir viviendo eternamente en este conflicto. Tenemos que encontrar una mejor forma de alcanzar la paz sostenible. Y esperamos hacerlo. Llevará tiempo debido al bajo índice de alfabetización de Afganistán y a las tensiones étnicas, lingüísticas, regionales y de otra índole que lo afectan. Tiene que llegar el día en que cobremos conciencia de que todos somos iguales, todos somos seres humanos.